

## EL EXILIO COMO CONDICIÓN HUMANA: LA OBRA NARRATIVA DE ROBERTO RUIZ

GERARDO PIÑA ROSALES  
The City University of New York

A diferencia de aquellos escritores que habían comenzado a publicar años antes del desgarrón de nuestra Guerra Civil –en la que participaron activamente–, como Francisco Ayala, Ramón J. Sender, o Max Aub, y de quienes al exiliarse contaban, si no con una obra literaria definida, al menos con recursos y experiencias para iniciarla –como los casos de Manuel Andújar, Serrano Poncela y Eugenio Fernández Grannell–, Roberto Ruiz, nacido en Madrid en 1925, era todavía un niño cuando estalló la guerra española. Los autores de esta generación –llamada de los cachorros o nepantla–, a la que pertenecen también Clemente Airó, Tomás Segovia, Manuel Durán, Paulino Masip, Arturo Souto Alabarce y Ramón Xirau, entre otros, no se identificaban ya con los problemas de sus padres, aunque tampoco se asimilaban totalmente a la cultura mexicana. “Al no haber tenido –escribe Santos Sanz Villanueva–, por su edad, un conocimiento directo de la lucha, sino a lo más juvenil e incluso infantil, prefirieron renunciar a su novelación; pero no eluden su significación y trascendencia que planea, como causa acelerada o implícita por la mayor parte de sus libros.” (Sanz Villanueva, 189).

Manuel Durán, el conocido crítico y poeta, exiliado en Francia, México y, por último, Estados Unidos, al referirse al drama de su generación, escribe lo siguiente:

El exiliado posee grandeza trágica que a nosotros, los más jóvenes –yo tenía catorce años cuando salí de España–, nos era negada: no comprendíamos del todo lo que ocurría, nuestro exilio era una consecuencia de algo que nuestros padres habían hecho dejado de hacer [...] Teníamos que intentar arraigar en otra parte; no llevábamos dentro suficientes reservas, recuerdos, experiencias, para sostenernos indefinidamente fuera del tiempo. Que es precisamente lo que el exiliado maduro puede hacer y hace. El exilio, al cortarle las raíces, le sume en perpetuo presente que es al mismo tiempo un pasado. Pero el adolescente, que está descubriendo el tiempo y se está descubriendo a sí mis-

mo, a la vez, no puede tolerar esta situación; tiene que arraigarse, aunque sólo sea provisionalmente o con poco éxito. Que es lo que hicimos nosotros (Manuel Durán, 5). Para José Ramón Marra-López, estos escritores que salieron de España cuando niños forman el grupo “más hondamente exilado (*sic*) de todos, sin encontrarse en parte alguna, ni siquiera en la región de los recuerdos.” (J. R. Marra-López, 5).

El destierro geográfico, histórico y metafísico son inseparables. La separación física del país de origen es, empero, lo que determina a la postre el alienamiento del exiliado. En la mayoría de los casos, hablar de exilio interior resulta camuflante y, a la postre, estéril. Homologar ambas circunstancias es un desatino; en el fondo, y aunque parezca paradójico, equivale a justificar la censura.

Como Manuel Andújar, en *St. Cyprien, plage...*, Agustí Bartra, en *Cristo de 200.000 brazos*, Eulalio Ferrer, en *Entre alambradas*, y otros, Roberto Ruiz hubo de padecer las humillaciones y vejaciones del campo de concentración francés. Y después, el exilio, el transtierro, término que habría de acuñar Gaos al referirse a Hispanoamérica, y especialmente a México, uno de los pocos países que había abierto sus puertas a aquellos españoles del éxodo y del llanto. Roberto Ruiz se educa en México, primero en colegios españoles, después en la Universidad, de donde se doctora con una tesis sobre *La ética de Saint-Exupéry* (1952), tema muy significativo, pues revela ya una preocupación moral, que será una constante a lo largo de su vida y obra. Después se dedica a actividades docentes y comienza a publicar —en revistas como *Presencia*— relatos que “recrean las vivencias de la infancia, transcurrida en la inolvidable miseria y violencia de la guerra.” (Souto Alabarce, 388).

En 1954 Roberto Ruiz publica *Esquemas*, libro de cuentos que, aunque primerizo (hoy no representan ya las preocupaciones del autor), muestra ya las cualidades de un narrador nato, seguro en el trazo descriptivo, de léxico castizo de cuño realista. *Esquemas* constituye la primera incursión de Roberto Ruiz en un género que habrá de cultivar, con asiduidad y brillantez, a lo largo de toda su carrera. Para Roberto Ruiz, el cuento “es el retrato literario de una situación crítica. Crítica, se entiende, en términos humanos. No me interesa la descripción de objetos inanimados ni el empleo del hombre concreto como vehículo historiográfico” (Branderberger, 139). *Plaza sin muros* (1960) (verso de García Lorca), su primera novela, alegato antimilitarista, denuncia el embrutecimiento que produce la vida militar y exalta un tipo de heroísmo diferente, más humano, menos retórico. Los problemas del exilio

se ejemplifican con el aislamiento de los soldados, quienes, por hallarse confinados, son víctimas también de la falta de libertad; aunque mantienen cierta autonomía, carecen de responsabilidad. José Domingo piensa que *Plaza sin muros* “constituye una acerba diatriba de la vida militar llevada como una árida obligación, sin ideales capaces de infundirle un sentido, siempre en lucha con el recuerdo del mundo que se deja atrás. Sus personajes, anulados en la amorfa colectividad, sólo piensan en la posible huida de la amurallada plaza sin muros: evasión momentánea en la mujer, sueño retrospectivo que no evade, antes bien apesadumbra con el duelo de lo que fue vigorosa vivencia.” (José Domingo, 5).

Con *El último oasis* (1964), Roberto Ruiz encuentra su voz narrativa. Por esta novela, en parte, autobiográfica, producto de sus traumáticos recuerdos infantiles de la Guerra Civil, desfilan personajes destruidos por la contienda. Como en la villa de Orán, en *La Peste*, de Albert Camus, el campo de concentración es un universo lo suficientemente abarcable para estudiar la condición del desterrado político, pero también para reflexionar en la hecatombe europea. Como en *St. Cyprien, plage...*, de Andújar, o en *El Cristo de 200.000 brazos*, de Bartra, también en *El último oasis* el campo de concentración es un microcosmos de “cieno, piojos, hambre y pura misera” (Díez Martínez, 5). Los datos históricos confirman las penosas circunstancias en que aquellos españoles desterrados iniciaban la vida en el exilio: “Los censos globales de Argèles-sur-Mer, Gurs, St. Cyprien, Septfrand y Vernet d’Ariège sumaban más de trescientas mil entradas. En estos campos murieron o desaparecieron en total 4.672 internados. Los desaparecidos eran fugitivos, cuya suerte oficial se ignora.” (Juan Bautista Climent, 99).

“Esta humanidad exiliada —escribe Eduardo Blanco Amor— acentuó el dolor y el miedo en un mundo que hoy contempla impotente la destrucción de cuanto dio honor y gloria a la especie humana. El hábitat natural del hombre está siendo agredido desde todas las direcciones y la inseguridad más radical reemplaza a la fe en el destino humano. El siglo del exilio terminará exiliándonos a todos.” (E. Blanco Amor, 110).

Como sus narraciones anteriores, *Los jueces implacables* (1970) rezuma pesimismo y desesperanza. Se nos cuenta cómo, en un país imaginario, los estamentos sociales, en pugna, se enfrentan a un proceso revolucionario que desembocará en guerra civil. Al final, no habrá ni vencedores ni vencidos. En *Los jueces implacables* se denuncia la barbarie de la guerra, de toda guerra, siempre injustificable, destructo-

ra del individuo, arrasadora de todos los valores. Solo la escritura –por parafrasear a Maurice Blanchot– puede ser una respuesta a la impotencia, a la frustración; por medio de la escritura, podremos descubrir, explicar, prevenir, redimir el horror y el dolor. Esta novela de Roberto Ruiz representa la visión de un mundo caotizado, ordenado por el estilo.

Varios son los niveles subyacentes en esta novela del caos, y varios son los conflictos que en ellos se debaten: el conflicto interior, en que el hombre lucha con su propia alma por descubrir su esencia y su identidad; el conflicto personal consciente, en el que asistimos a la aspiración humana por alcanzar un sistema de valores; el conflicto social, producido por la lucha de clases; el conflicto espiritual, en el que el hombre se enfrenta con el Universo, el Tiempo, la Muerte, Dios (Alvin Seltzer, 2-3). En 1977 apareció *Paraíso cerrado, cielo abierto*, novela que gira en torno al símbolo del exilio y de la condición humana, o del ser humano como desterrado a nativitate, encerrado en un supuesto paraíso de donde no hay huida posible. *La isla*, como en *Epitalamio del prieto Trinidad*, de J. R. Sender, es una alegoría de la incomunicación entre los hombres; su carácter carcelario inflige en los condenados una alienación aun mayor. En *Paraíso cerrado, cielo abierto* se presenta el siguiente dilema:

¿Verdugos o víctimas?

¿Carceleros o encarcelados?

Todos unos, todos en el mundo.

El mundo, como el infierno, es concéntrico.

Se puede quebrantar el primer círculo, el segundo, el tercero, hasta llegar a un círculo que es cerco: de ahí no se pasa (92).

La colonia penal, como el campo de concentración, es un microcosmos del caos. En estas situaciones límites, los hombres pueden luchar consigo mismos, como Unamuno, agónicamente; o también pueden autoengañarse y llegar a la convicción de que la vida posee algún significado. También es probable que los hombres se enfrenten, canalizando sus alevos instintos, en la arena política y social. El caos del penal simboliza el enfrentamiento del hombre con el Universo. Sus temas son eternos: Dios, el tiempo, el sufrimiento, la muerte. El hombre es un ser exiliado por naturaleza. Y como en *Huis Clos*, de Sartre, también aquí el infierno parecen ser los demás.

La atmósfera electrificante del texto refleja el angustiado mundo interior del autor, sus conflictos que le atormentan y enajenan. Rober-

to Ruiz denuncia la robotización y la alienación del hombre contemporáneo. Las dos superpotencias (cuando la Unión Soviética lo era), armadas de misiles y argucias proconsumistas, se reparten, a su antojo, el planeta Tierra.

Por las páginas de este libro pasan fugaces las sombras de los cronistas del Paraíso: el quijotesco Cervantes; Kafka, perdido en el laberinto de su identidad escindida, del que ni su lucidez numérica podrá librarle; William Blake, visionario y profeta; Charles Baudelaire, y sus paraísos artificiales; James Joyce, el homero dublinés, evocando el periplo de Ulysses hacia Itaca; Andre Breton, y su Martinique, charmeuse des serpents; Lezama Lima, defendiendo su Paraíso de las pezuñas castristas; Cortázar, jugueteando con sus cronopios y famas; Borges, ante el espejo sin azogue de su propia ceguera; el iconoclasta Juan Goytisolo; Robert Musil, el hombre sin atributos; Isidore Ducasse, el pérfido montevideano, padre de Maldoror.

Paraíso cerrado, cielo abierto, refleja, pues, la naturaleza exiliada de la condición humana y la problemática del destierro. El ámbito del exilio –sus circunstancias físicas, geográficas e históricas– coadyuva a la reflexión sobre el hombre de hoy, prisionero de un progreso que conlleva irremisiblemente el cáncer de su propia desmesura y arrogancia.

A nivel epistemológico, en *Paraíso cerrado, cielo abierto*, Roberto Ruiz parece advertir sobre la responsabilidad que tiene el intelectual de oponerse a las añagazas, enmascaramientos deshumanizantes de la política.

El escritor, forzado a vivir en un medio hostil, cuya lengua a veces desconoce, apartado de su público, ha de aferrarse a la única patria posible: su lengua. La crisis lingüística del desterrado es una triste realidad. Roberto Ruiz ha realizado un titánico esfuerzo para que su escritura no traicione su propias raíces. *Paraíso cerrado, cielo abierto* es un texto experimental, de léxico troquelado en escritura serena, a veces desapasionada, en busca ante todo de la depuración de los superfluos lastres retóricos en los que suelen caer a veces algunos de los narradores del exilio. Baste esta cita como ejemplo de esta prosa severa, de raíz expresionista:

Amanece en la isla. Como hojuelas de minúsculas espadas recién salidas de la forja, los primeros rayos de sol al rojo se clavan en la dura coraza de la peña. En la mata azulosa de los pinos, las gotas de rocío se deslizan secas, espesadas, convertidas en globos de mercurio por la aridez del día, que se anuncia africano y agobiante. Pinos en la playa.

Tamarices junto a la roca. Retorcidos olivos silvestres que exprimen hasta el último sudor angustiado de la tierra (113).

El mismo Roberto Ruiz nos lo confirma cuando en carta a E. Branderberger, escribe:

Mis valores estilísticos son la claridad, la concisión y la presteza. Me gusta decir las cosas una sola vez, y resolverlas pronto. Sin embargo, sucumbí como muchos a la tentación retórica: acumulé centenas de metáforas, perifrasias, anacolutos, llegué a metrificar la prosa. Hoy, afortunadamente, creo haber superado esa etapa. Mi ambición es lograr la máxima intensidad narrativa, aún a riesgo de caer en la simpleza o en el esquematismo (Branderberger, 140).

Ante lo que podríamos llamar “deshumanización” de la novela —sacrificio del sujeto, freudianismo, manía estructural, etc.—, Roberto Ruiz se propone, como novelista, recuperar ese sujeto. En *Contra la luz que muere* (un verso de Dylan Thomas), novela corta, publicada en 1982, Roberto Ruiz continúa la exploración de esos territorios acotados por la marginación y el desarraigo: en esta ocasión, la cárcel, otro símbolo del exilio.

Por último, citaré unas palabras del mismo Roberto Ruiz sobre su propia obra, que, a mi juicio, resumen a cabalidad sus planteamientos narrativos:

Mis personajes suelen ser gente sencilla, aprisionada en sus propios límites o en los de las circunstancias. Mis temas son casi siempre de signo negativo: enfermedad, vejez, pobreza, hastío, injusticia, mentira, privación de libertad. ¿Por qué este pesimismo? Porque para escribir hay que pensar, y el que piensa mucho acaba pensando mal (Branderberger, 139-40).

#### BIBLIOGRAFÍA

- ANDÚJAR, M. (1942), *St. Cyprien, plage... campo de concentración*, México, Ediciones Cuadernos del Destierro.
- BARTRA, A. (1958), *Cristo de 200.000 brazos (Campo de Argèles)*, México, Editorial Novaro.
- BAUTISTA-CLIMENT, J. (1963), “España en el exilio”, *Cuadernos Americanos* (enero-febrero), Madrid.
- BLANCO AMOR, E. (1975), “El siglo del exilio”, *Cuadernos Americanos*, 4.
- DÍEZ MARTÍNEZ, L. (1975), “Los amargos principios dorados de Manuel Andújar”, *Revista de la Comunidad Latinoamericana de Escritores*, 16.

- DOMINGO, J. (1967), "Un novelista español en América: Roberto Ruiz", *Insula*, 243.
- DURÁN, M. (1967), "Entrevista con Manuel Durán", *Insula*, 252.
- FERRER, E. (1988), *Entre alambradas*, Barcelona, Ediciones Grijalbo.
- MARRA-LÓPEZ, J. R. (1965), "Jóvenes poetas españoles en México" (Una promoción desconocida), *Insula*, 222.
- RUIZ, R. (1954), *Esquemas*, México, Bajel de México.
- , (1960), *Plaza sin muros*, México, Ediciones de Andrea.
- , (1964), *El último oasis*, México, Editorial Joaquín Mortiz.
- , (1970), *Los jueces implacables*, México, Editorial Joaquín Mortiz.
- , (1977), *Paraíso cerrado, cielo abierto*, México, Editorial Joaquín Mortiz.
- , (1982), *Contra la luz que muere*, Nueva York, Las Américas.
- SANZ VILLANUEVA, S. (1980), *Historia de la novela social española (1942-1975)*, Madrid, Editorial Alhambra.
- SELTZER, A. (1974), *Chaos in the Novel. The Novel in Chaos*, New York, Schocken Books.
- SOUTO ALABARCE, A. (1982), "Letras", en *El exilio español en México, 1939-1982*, México, Salvat Editores y Fondo de Cultura Económica.